

Arthur Conan Doyle
Las Gafas de Oro

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LAS GAFAS DE ORO

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1904

FUENTE: [HTTPS://ARCHIVE.ORG](https://archive.org)

TRADUCCIÓN: ANÓNIMA

**EDICIÓN ORIGINAL: TRIUNFOS DE SHERLOCK HOLMES.
BIBLIOTECA DE LA NACIÓN, BUENOS AIRES (1909)**

Las gafas de oro

1. [Las gafas de oro](#)
 1. [Nota de la edición](#)
 2. [Las gafas de oro](#)
 1. [I](#)
 2. [II](#)
 3. [III](#)

NOTA DE LA EDICIÓN

«Las gafas de oro» (*The Adventure of the Golden Pince-Nez*, 1904) es uno de los relatos de *El regreso de Sherlock Holmes*, de Arthur Conan Doyle. Esta edición digital reproduce la traducción anónima publicada con el título «Los lentes de oro» en *Triunfos de Sherlock Holmes* (Buenos Aires, Biblioteca de «La Nación», 1909).

Se ha modernizado la ortografía (acentuación y signos de puntuación) conforme a las normas actuales de la RAE, sin alterar el vocabulario ni la sintaxis del traductor, y se han corregido las erratas evidentes de imprenta.

LAS GAFAS DE ORO

I

Cierta noche fría y tempestuosa de fines de noviembre, Holmes y yo estábamos sentados junto a la chimenea, engañando a las horas hasta que llegase la de acostarnos. Él, con el auxilio de una lupa, esforzándose en robar los secretos de un arcaico *palimpsesto*. Yo leía las primeras páginas de un tratado de cirugía recién aparecido en las librerías.

Afuera el viento silbaba y, de vez en cuando, un golpeteo de gruesa lluvia llamaba en los cristales de las ventanas. Cansado de leer, tiré el libro encima de una silla, y me aproximé al balcón. En la acera de enfrente, un farol reflejaba su luz amarillenta y temblorosa por el aire sobre las losas brillantes. En toda la extensión de la calle no se veía nadie. Allá lejos, muy lejos, asomaron y fueron agrandándose, poco a poco, las dos pupilas rojas de un carruaje. De improviso sentí en el hombro la mano de Sherlock y junto a mi rostro sonó su voz clara y concisa.

— ¡Vaya una nohecita! ¿Eh, Watson?

— ¿Qué, habéis dejado ya ese pergamino?

Holmes encogiose de hombros.

— Sí; resulta muy pesado. Además no tiene el menor interés. Son las cuentas de una abadía del siglo XV. Pero, ¿qué es eso?

El coche que yo había visto hacía un momento estaba ahora detenido junto a la puerta. Al mirar yo, vi bajar un hombre y cruzar la acera con ligereza.

—¿Qué demonios querrá? —exclamó inconscientemente.

—¿Que qué querrá? Seguramente que nos pongamos los chanclos, el impermeable y todas cuantas defensas inventó el hombre contra noches como esta... ¿Qué? ¿Se va el carruaje? Menos mal.

En el pasillo sonó una voz conocida.

—¿Está? —preguntó a la criada.

Holmes abrió la puerta del despacho.

—Pasad, pasad, amigo Hopkins, algo muy grave debe suceder cuando habéis salido con una noche tan endiablada.

Stanley Hopkins, el conocido policía, penetró en el cuarto; y mientras yo le ayudé a quitarse el goteante impermeable, Holmes atizó el fuego de la chimenea.

—Vaya, amigo Hopkins, aproximaos aquí y calentaos un poco los pies. ¿Queréis un cigarro? El amigo Watson os preparará una bebida exquisita y excelente contra el frío. ¿Qué demonios ocurre?

—¿No habéis leído los periódicos de hoy?

—No. He pasado el día en el siglo XV.

—Después de todo no habéis perdido nada, porque las noticias eran muy vagas e incompletas. Se trata de un crimen cometido en Yoxley-Old-Place, en el condado de Kent, a siete millas de Chatham. Me avisaron a las tres, a las cinco estaba en el sitio del suceso, y hace un momento llegué a Charing-Cross, ya de vuelta, en el último tren.

—Todo eso quiere decir que se trata de un asunto de importancia, ¿no es eso?

—Justo. Yo no he visto en mi vida un crimen más sencillo, a primera vista, y que más dificultades vaya presentando conforme se intenta darle una explicación. Hasta ahora solo sé concretamente, fijamente, una cosa: que han matado a una persona.

En los labios de Holmes dibujose una sutil sonrisa.

—Poco es. Pero eso tendrá su historia.

Y encendiendo la pipa, se repantigó en el sillón, disponiéndose a escuchar la narración.

—Claro que sí —repuso Stanley Hopkins—. Veréis:

Hace algunos años, un individuo llamado el profesor Coram, alquiló Yoxley-Old-Place. Era un hombre enfermizo y débil que pasaba la mayor parte de los días en la cama, y el resto en un cochecito, que conducía su mismo jardinero a través de la propiedad. Según los informes de algunos vecinos que trabaron relaciones de amistad con él, es un hombre bastante sabio y muy atento. El personal de la casa lo constituye mistress Marker, el ama de gobierno, y una doncella llamada Susana Tarlton. Ambas mujeres están a su servicio desde que se instaló en el país, y su conducta es intachable por todos conceptos.

El año pasado, el profesor Coram comenzó a escribir una obra científica y tomó un secretario para que le ayudara. El que tenía en la actualidad formaba el número 3, pues los dos primeros no le satisfacieron por completo. Este secretario era un tal Willoughby Smith, y pasaba el día en Yoxley-Old-Place.

Por la mañana se ocupaba en escribir al dictado, bajo las órdenes de Coram, y por la tarde, buscaba, con el profesor, los documentos y datos que habían de servir para el siguiente día. Era un joven instruido, simpático, honrado y del cual todas las gentes de la comarca se deshacen en elogios. Nada parecía indicar que un hombre de estas condiciones tuviese enemigos, y, no obstante, esta mañana apareció asesinado en el despacho del profesor.

Stanley Hopkins hizo una pausa. El viento continuaba gemebundeando en las calles desiertas. La lluvia azotaba los cristales. Holmes echó un leño en la lumbre que principiaba a encenizarse.

—Verdaderamente —continuó el detective—, costaría trabajo encontrar en toda Inglaterra una casa más tranquila y más alejada del mundano vivir.

Pasaban las semanas sin que nadie saliera de la casa, que diríase deshabitada, a no ver a Mortimer, el jardinero, inclinado sobre las plantas o subido en los árboles de la posesión.

Según la declaración de Susana Tarlton, durante las primeras horas de la mañana, no sucedió nada de particular. A eso de las once y media, estando ella en una habitación del primer piso, sintió salir a Willoughby Smith de su cuarto y penetrar en el despacho del profesor, situado, precisamente, debajo del cuarto donde estaba la doncella. Susana asegura que no sintió cerrar la puerta del despacho, y que apenas habían transcurrido unos minutos, después de la entrada del secretario, cuando se oyó un grito desgarrador, salvaje, después un ruido sordo como de cuerpo que cae violentamente, y luego un silencio absoluto.

La criada permaneció un instante sin saber qué hacer; pero, recobrando en seguida su sangre fría, salió al pasillo y descendió las escaleras rápidamente. La puerta del despacho estaba cerrada. Susana la abrió, y lo primero que vio fue el cuerpo del desgraciado Smith tendido en medio de la habitación. A primera vista no presentaba herida alguna, pero cuando intentó incorporarle, vio que la sangre salía a borbotones de una herida que le había roto la carótida. A pocos pasos yacía el instrumento del crimen: un punzón con mango de marfil, que Susana recordaba haber visto siempre sobre la mesa del profesor. Al cambiar de postura y al sentir la frescura de agua con que la doncella le roció la cara, el herido abrió los ojos y pronunció unas palabras: «*El profesor... ¡Era ella!*» Hizo un nuevo esfuerzo para seguir hablando, pero no le fue posible, agitó un poco la mano derecha y la cabeza se le cayó sobre el pecho. Un chorro de sangre vino a engrosar el charco de la alfombra. Willoughby Smith había muerto. Unos segundos después llegó el ama de gobierno, y en vista de que ya no podía hacer nada por el desgraciado secretario, dejó a Susana junto al cadáver y corrió a la alcoba del profesor, que todavía no se había levantado. Coram estaba sentado en la cama y parecía presa de la mayor agitación. Dijo que despertó sobresaltado por el grito, y que pensó correr al despacho inmediatamente, pero que precisamente aquella mañana el cuerpo le obedecía menos que nunca.

Declaró también que aquellas palabras del moribundo debían ser motivadas por el delirio, y que no se explicaba el crimen, porque nunca le conoció enemigos a Willoughby. A instancias suyas fue llamada la policía al sitio del suceso, y el condestable me puso un telegrama avisándome. Cuando llegué, todo se hallaba en las mejores disposiciones. El profesor Coram había ordenado que todo se dejara tal como estaba, y que no anduviera nadie por los senderos que conducen a la casa.

Holmes se frotó las manos sonriendo.

—¿Y qué hicisteis, amigo Hopkins?

—Primero, para daros cuenta de la topografía del terreno, fijaos en este plano que hice de prisa y corriendo, y esto os ayudará a seguir mis investigaciones.

Desenrolló un plano, extendiéndolo sobre las rodillas de Holmes; yo me acerqué y seguí la marcha del dedo de Hopkins por encima del hombro de mi amigo.

—Mirad. Este es el despacho del profesor. Como veis, estos dos pasillos, el que conduce al jardín y el que conduce a la alcoba, son iguales, y mueren en la misma puerta. Ahora bien: ¿por dónde entró ella? Sin duda por el jardín, y por el jardín tuvo que salir, porque yendo por el otro pasillo hubiera ido a parar a la alcoba del profesor. Como durante la noche no había dejado de llover, fue inútil que intentara hallar huellas suyas en el sendero del jardín.

—Un momento —interrumpió Holmes—. ¿Adónde conduce ese sendero?

—A la carretera.

—¿Qué extensión tiene?

—Un centenar de metros poco más o menos.

—¿Y al final, donde la verja de entrada lo corta, habéis hallado alguna huella?

—No; desgraciadamente está empedrado en esa parte.

—¿Y en la carretera?

—Tampoco. Estaba hecha un lodazal.

Holmes hizo un gesto de desagrado.

—Realmente no está muy claro que digamos... Bueno; continuad.

—Seguro de que alguien había venido de la parte de fuera, examiné con atención el pasillo, cubierto de linoleum; pero no encontré tampoco la menor señal. Entonces regresé al despacho. Sus muebles principales son la mesa y una especie de armarito, con un gran cajón central, y otros más pe-

queños a ambos lados. De ellos, el primero, era el único cerrado con llave; los otros estaban enteramente abiertos. El profesor abrió el cajón central y pudo comprobar que no le faltaba ni uno solo de los importantes papeles que allí guarda siempre. Como veis, el robo no pudo ser la causa del crimen. El cadáver del secretario yacía a la derecha de la mesa y la forma de la herida alejaba toda suposición de suicidio.

—¡A menos que no hubiese caído de espaldas! —interrumpió Holmes.

—También lo pensé; pero debemos descartar esa hipótesis por el sitio donde se hallaba el punzón. Además, no debemos echar en saco roto las últimas palabras de Willoughby; y, finalmente, en su mano derecha, entre los dedos crispados, hemos encontrado esto, que, como comprenderéis, no carece de importancia.

Stanley Hopkins sacó del bolsillo del chaleco un paquetito, que deshizo, y aparecieron unos lentes de oro, del cual colgaba un pedazo de cordón negro.

—¿Cómo os explicáis la estancia de estos lentes en una casa donde nadie es corto de vista?

Sherlock Holmes se apoderó de los lentes. Los examinó muy atentamente; se los puso en las narices; leyó un poco; fue hasta la ventana y miró hacia la calle. Después, sonriendo de satisfacción, se los quitó, y sentándose en la mesa escribió algunas líneas y le dio el papel a Hopkins, diciendo:

—Tomad. Con esos datos ya podéis hacer algo.

Profundamente asombrado, el policía leyó en alta voz lo siguiente:

Debe buscarse a una mujer alta y elegante, de nariz muy ancha y ojos muy juntos. Tiene la frente rugosa, es cargada de espaldas y ha tenido que ir dos veces al mismo óptico. Teniendo en cuenta el reducido número de estos comerciantes, no es muy difícil encontrarla.

Cuando concluyó de leer, levantó la vista y se nos quedó mirando con tal estupefacción, que Holmes soltó la carcajada.

—Es muy sencillo, amigo Hopkins. Basta ver la elegancia de los lentes para comprender que pertenecen a una señora —lo cual viene a confirmar las últimas palabras de Willoughby—. El estar montados en oro demuestra

que esta señora está en buena posición. Como veis, los cristales están muy separados, y esto significa que se trata de una persona de narices muy anchas. He dicho también que sus ojos están demasiado juntos, y para ello me ha bastado ver que yo, aun teniendo la cara muy pequeña y delgada, no pude colocarme los lentes de manera que correspondieran las pupilas con el centro del cristal. Además, los cristales son extraordinariamente cóncavos, y esto indica una miopía extrema. ¿No habéis observado nunca en que todos los miopes tienen la frente llena de arrugas por el esfuerzo que hacen para concentrar la mirada y que son algo cargados de espaldas?

—Sí, es cierto —observé—; pero lo que no puedo explicarme es cómo habéis averiguado las visitas al óptico.

Holmes, cogiendo los lentes, prosiguió:

—Como veis, el resorte está forrado con dos pequeñas capas de corcho con objeto de suavizar la presión. Esta de la derecha se ha oscurecido mucho, mientras que la otra está enteramente nueva. Esto demuestra que la segunda ha sido puesta hace muy poco tiempo, y como es idéntica a la otra, he deducido que ambas proceden de la misma tienda.

—¡Maravilloso! —exclamó Hopkins—. ¡Y pensar que yo he tenido esos lentes en la mano y no me dijeron nada!... Sin embargo, esto no explica el móvil del asesinato.

—Si supiéramos eso sabíamos ya todo. Supongo que mañana volveréis a Yoxley, ¿no es eso?

—Sí... y si no fuera demasiado atrevimiento...

—¿Qué? ¿Deseáis que os acompañemos?

—Sí.

—Con mucho gusto. Pensaba proponéroslo.

Stanley Hopkins se frotó las manos con júbilo.

—¡Bravo! Entonces, si os parece, señor Holmes, mañana tomaremos el tren que sale de Chatham a las seis y llegaremos a Yoxley-Old-Place cerca de las nueve.

—Muy bien. Se trata de un asunto verdaderamente interesante, y por nada del mundo dejaría de analizarlo hasta lo último. Ahora, si os parece,

acostémonos. Es más de la una y mañana tenemos que madrugar.

II

Durante la madrugada cesó la lluvia. Hacía una mañana fría, el pálido sol de invierno vertía sus rayos en los tejados relucientes de las casas y en las mojadadas losas del piso. Cerca de las ocho y media llegamos a Yoxley-Old-Place.

Junto a la casa, apoyado en la verja del jardín, hallamos a un policía.

—¡Hola, Wilson! —saludó Hopkins—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada.

—¿Ha sido detenido alguien más?

—No. Según las pesquisas hechas desde ayer, resulta que no se ha visto llegar ni salir del pueblo a ningún forastero.

—¿Habéis preguntado en las posadas y en el hotel?

—Sí; pero nada hemos conseguido.

—Después de todo, la distancia que hay entre esta casa y Chatham no es muy grande, y cualquiera ha podido hacer a pie el recorrido y tomar el tren sin ser notado. Mirad, Holmes, este es el sendero de que os hablé.

Holmes estaba inclinado sobre el césped.

—Aquí se ven unas huellas apenas perceptibles —exclamó levantando la cabeza—. ¿Y decíais ayer que debió de volver por el mismo sitio que entró?

—Yo creo que sí.

—¿Por aquí?

—Sí, por aquí. No existe otro camino.

—¡Hum!

—¿Qué os pasa?

—Nada. Vamos un poco más allá. ¿Esta puerta está abierta siempre?

—Siempre.

—Entonces, la misteriosa mujer no encontró obstáculo alguno para entrar. Debemos suponer también que no llevaba el proyecto de atacar a nadie, puesto que iba desarmada, y que el crimen lo cometió con el punzón. Sería conveniente saber cuánto tiempo estuvo en el despacho.

—Poco. Mistress Marker ha declarado que no pasaría un cuarto de hora entre la limpieza de la habitación y el grito que alarmó a la doncella.

Holmes abrió la puerta, y seguido de nosotros entró en el despacho.

—Lo primero que debió hacer ella fue dirigirse a este armarito. ¿Para qué? Vos me habéis dicho, amigo Hopkins, que este no contenía objeto alguno de valor, y que el único cajón que estaba cerrado se encontró intac... ¡calla! ¿Qué significa esta rozadura? Encended una cerilla, Watson. ¿Por qué no habéis hablado de esto, Hopkins?

Y el dedo largo y seco de Holmes indicaba una raya que empezaba en el cobre de la cerradura y se extendía por la madera unos ocho centímetros.

—Supuse que era una de tantas rozaduras que hay en casi todos los muebles.

—Sí, pero esta es demasiado reciente. Fijaos lo brillante que está el cobre; si fuera antigua sería todo del mismo tono obscurecido.

En aquel instante una anciana de rostro inteligente y triste entró en la habitación. Sherlock Holmes, al sentir los pasos, se volvió, y mirándola fijamente.

—¿Mistress Marker? —murmuró.

—Servidora —contestó ella cortesmente.

—¿Le quitasteis ayer el polvo a este mueble?

—Sí, señor.

—¿Y no visteis esta raya?

—No, señor.

—¿Quién tiene la llave?

—El señor profesor la lleva constantemente en la cadena del reloj.

—¿Es una llave corriente, de las usuales?

—No; de Chubb.

—Perfectamente; muchas gracias, mistress Marker.

—¿Me necesitáis para algo más?

—No, no; podéis retiraros.

Mistress Marker salió tan triste y silenciosa como había entrado.

—Se va aclarando el misterio —prosiguió Holmes dirigiéndose a nosotros—. La mujer de los lentes entró en el despacho con intención de abrir el cajón. Mientras se hallaba ocupada en esta operación, fue sorprendida por el joven Willoughby Smith. Debió haber un instante de vacilación; él se arrojó sobre ella, y entonces ella cogió lo primero que hallaron sus manos, el punzón, y dio el golpe. Smith cayó de espaldas y ella escapó con o sin lo que vino a buscar...

—Así debió ser —dijo Hopkins.

Y apartándose un poco dejó ver a una mujer alta y esbelta.

—Aquí tenéis a Susana Tarlton.

—¡Ah! —exclamó Holmes—. Decid. ¿Es posible que alguien tuviese tiempo de escapar en el intervalo que medió entre el grito de Willoughby y vuestra entrada en el despacho?

—No. Le hubiera visto atravesar por el corredor.

—¡Ah! ¿Y ese otro pasillo adónde conduce?

—Al cuarto del señor.

—¿No hay alguna otra salida?

—No.

—Bien. Vamos entonces a ver al profesor. Tened la amabilidad de guiarnos y presentarnos a él.

Seguimos la largura del pasillo, subimos una pequeña escalera y Hopkins llamó con los nudillos en una puerta.

— Adelante —respondieron.

Entramos.

Era una habitación extensa, tan llena de libros que estos rebasaban de las librerías y de los estantes, llenando las sillas, las mesas, apilándose en grandes montones junto a las paredes.

La cama estaba en el centro, y echado en ella había un hombre verdaderamente extraordinario. Al entrar nosotros volvió la cabeza, de rostro exangüe, de aguileña nariz y ojos de mirada penetrante. Blancos eran sus cabellos y su barba, que amarilleaba igual que el bigote, junto a la boca, donde brillaba un cigarro. El ambiente estaba impregnado de fuerte olor a tabaco, y cuando el profesor tendió la mano a Holmes, pude advertir que tenía los dedos negros de nicotina.

— Soy un fumador incorregible —dijo en correcto inglés, pero con ligero acento extranjero—. ¿Queréis un cigarrillo? Os lo recomiendo; pues se trata de una elaboración especial, encargada por mí a Alejandría. Gasto un millar cada quince días, y me lo envían por partidas de seis mil. Comprendo que el tabaco es insano, ya lo sé, pero es mi única distracción.

Holmes había encendido el cigarro y miraba de reojo a su alrededor.

— Sí... ¡ya no me queda otro consuelo que el tabaco! —repitió el viejo—. ¿Venís a verme por la muerte de Smith? ¡Qué desgracia! ¿Quién había de figurarse una cosa semejante? Un muchacho tan bueno, tan servicial, tan amable... ¿Qué opináis vos de lo ocurrido, señor Holmes?

— No sé; aún no formé opinión.

— ¡Cuánto me alegraría que destruyérais el misterio! Un golpe como este no puede menos de causar profunda huella en un espíritu tan gastado como el mío. Si yo tuviera que resolver, no podría hacerlo; ¡creo que me voy a volver loco!

Mientras hablaba el viejo, Holmes paseaba por la habitación. Observé que fumaba furiosamente y me pareció que le gustaban extraordinariamente los cigarrillos de Alejandría.

—Sí, señor Holmes —continuó Coram—, esto ha sido un golpe terrible para mí. Mirad; ahí encima de la mesa está mi obra. Es un estudio documentado acerca de los monasterios coptos en Siria y Egipto. Como veis, se trata de una obra muy importante y llamada a producir una verdadera revolución social y religiosa. ¡Calculad cómo estaré de desesperado al ver que me falta mi brazo derecho y que mi salud no me consentirá, probablemente, concluir el libro!

Hubo una pausa. De improviso el viejo exclamó lleno de asombro:

—Observo, señor Holmes, que fumáis más que yo...

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios de Holmes; luego, dirigiéndose a la caja del tabaco, cogió un cigarrillo y lo encendió en la colilla del anterior, diciendo:

—Sí, me gusta bastante fumar. Pero no se trata ahora de eso. El tiempo urge y hay que aprovecharlo. Vamos a ver, ¿qué opináis vos de las últimas palabras de Smith?

—¿Cuales?

—«*El profesor...* Era ELLA.»

Coram encogiose de hombros.

—¡Bah! Eso no tiene importancia. Debéis fijaros en que Susana es una mujer que vino hace poco del pueblo y que, por consiguiente, tiene el espíritu abarrotado de estupideces y supersticiones. Seguramente el pobre Willoughby pronunció durante su delirio algunas palabras incoherentes y ella formó esa frase.

—Quizá. ¿Y creéis que realmente se trata de un asesinato?

—Fuerza es creerlo así. A pesar de los antecedentes del muchacho, la posibilidad de un suicidio queda descartada absolutamente. Además, a veces hay en las existencias más diáfanas algún secreto que resiste al mayor y más concienzudo análisis.

—¿Y los lentes?

—¿Los lentes?... Pues los lentes... ¡Qué sé yo!... Tal vez fueran algún recuerdo amoroso. ¿Queréis otro cigarrillo? Sí; sin duda sería algún recuerdo. Ya sabéis que muchos jóvenes conservan un guante, una sortija, un

lazo... ¿Por qué no conservar unos lentes?... Esta suposición me obliga a rectificar mi opinión anterior. Después de todo, es posible que el joven se diera muerte a sí mismo... por celos, por contrariedades, por abandono de la mujer querida... ¡Qué sé yo!

Holmes tardó en contestar esta vez; prosiguió sus paseos, siempre con el cigarro entre los dientes, y pasado un rato se paró ante el profesor.

—¿Qué es lo que guardáis en el cajón central del armario? —preguntó mirándole con fijeza.

—Nada; papeles de familia, algunas cartas de mi mujer, títulos, diplomas, etc... Aquí tenéis la llave por si deseáis...

Holmes la cogió, y después de examinarla atentamente, se la devolvió diciendo:

—Muchas gracias. No me sirve para nada. En cambio, si no tenéis inconveniente, vamos a dar, mi amigo y yo, un paseo por el jardín hasta la hora de comer.

Y después de saludarle cortésmente salimos de la estancia.

—¿Qué, habéis descubierto algo? —le interrogué a Holmes en cuanto salimos al jardín.

—Según. Los cigarrillos que he fumado y los que fumaré, me lo han de decir.

Yo me detuve de improviso y me quedé mirándole con la boca abierta.

—Sí, Watson, sí —añadió—. Figuraos que... Hola señora Marker, ¿qué hay?

Creo haber dicho en alguna otra parte la extraña fascinación que ejercía Holmes sobre las mujeres. En esta ocasión, la señora Marker quedó subyugada y habló cuanto él quiso.

—Sí, señor Holmes —decía el ama de gobierno —es un fumador incorregible. Algunas mañanas, cuando entro en su cuarto, tengo que andar a tientas, como en los días de más niebla en Londres. El pobre Smith también fumaba mucho; pero nunca llegó a igualarse con el señor profesor. A mí que no me digan: eso tiene que ser perjudicial para la salud.

— Ya lo creo —repuso Holmes—. Por de pronto le debe quitar las ganas de comer.

—¡Quiá! —exclamó mistress Marker precipitadamente—. Parece que se las aumenta. Ya veis, después de una desgracia tan horrible era natural que no pudiese probar bocado —lo cual me pasa a mí—. ¡Pues no, señor! Ha comido como nunca. Y para mañana me ha encargado doble ración de chuletas.

Pasamos la mañana en el jardín. Stanley Hopkins se había ido a la ciudad en busca de cierta señora forastera que vieron unos chiquillos cerca de Chatham. Holmes parecía desilusionado y no recuerdo haberle visto trabajar nunca con tanta indiferencia. Aquella noticia, verdaderamente importante, de una forastera, y que llevaba lentes por añadidura, no lo conmovió nada. En cambio, sí pareció interesarse cuando Susana le dijo que Smith había salido de paseo en la mañana del crimen y que pasó una media hora aproximadamente entre su vuelta y el grito que la hizo bajar las escaleras.

De improviso dio un salto, y mirando el reloj dijo:

—¡Las dos! Vamos, Watson. Ya es hora de que subamos al cuarto del señor profesor.

El viejo acababa de comer, y los platos que había vacíos sobre la mesa corroboraban las noticias que respecto de su apetito dio la señora Marker. Al sentir pasos se volvió hacia nosotros, siempre con el cigarro en la boca.

—¡Hola, señor Holmes! ¿Qué hay de nuevo?

Y con la mano le indicó la caja de tabaco. Estaba correctamente vestido y sentado en una butaca junto al fuego. Holmes fue a coger un cigarro y tiró la caja. Inmediatamente nos apresuramos a recoger del suelo el contenido. Cuando terminamos la operación, vi en el semblante de Holmes la característica animación precursora de algún descubrimiento.

En aquel instante entró Stanley en la habitación.

—Buenas tardes, señores. ¿Qué hay, Holmes? ¿Habéis descubierto alguna cosa?

—Sí; ya sé quién es el asesino.

Hopkins y yo le miramos fijamente. Por los labios del profesor cruzó una sonrisa despreciativa.

—¿Dónde? ¿En el jardín?

—No; aquí.

—¿Aquí? ¿Cuándo?

—Ahora mismo.

El profesor Coram intervino, y con acento severo dijo:

—¡Vamos, señor Holmes! Me parece que se trata de un asunto demasiado grave para tomarlo a broma.

—Jamás me agradaron las burlas —contestó Holmes fríamente—. Lo que he dicho estoy dispuesto a probarlo. Ya solo me faltaba saber el papel que habéis representado en este drama, y eso me lo diréis en cuanto comprendáis que lo he descubierto todo. Escuchad:

Ayer, por la mañana, entró una mujer en vuestro despacho con intención de apoderarse de ciertos papeles de mucha importancia para ella. Como he visto vuestra llave, me consta que no sois cómplice. La intrusa tenía otra llave igual y debió entrar aquí sin que vos os enteraseis.

El profesor echó una enorme bocanada de humo y dijo con tranquilidad:

—¿Sabéis que resulta muy ameno todo eso? Puesto que sabéis cómo entró esa mujer en mi despacho, no ignoraréis tampoco adonde fue a parar.

—También lo sé. Estando entretenida procurando abrir el cajón, fue sorprendida por vuestro secretario. Hubo una breve lucha y ella, sin saber cómo, inconscientemente, sin tener intención de ello —pues ningún asesino entra sin armas en una casa—, le cortó el cuello. Espantada de su crimen procuró escapar cuanto antes; pero como había perdido sus lentes en la lucha, se halló desorientada al salir de la habitación. Tomó por uno de los corredores —ya sabéis que son enteramente iguales—, creyendo que era el mismo por donde había venido. Desgraciadamente para ella no fue así, y cuando ya tenía cortada la retirada, se halló al pie de una escalera. ¿Qué había de hacer si no subirla y empujar la primera puerta que encontró por delante? Eso fue lo que hizo y de este modo penetró en la habitación.

El viejo escuchaba con mucha atención a Holmes. Conforme mi amigo avanzaba en su relato, los ojos del profesor se desorbitaban más y su boca se abría con mayor asombro. Por fin no se pudo contener, y haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, echose a reír.

— Todo eso resulta muy bonito, señor Holmes; pero tiene un pequeño inconveniente para ser verdad.

— ¿Cuál?

— Que justamente ayer mañana yo no salí ni un segundo de esta habitación.

— Ya lo sé.

— ¿Y creéis que yo iba a estar tan ciego y tan sordo que no me enterase de la entrada de esa mujer?

— Yo no he dicho semejante cosa. Al contrario, os enterasteis muy bien, hablasteis con ella, la procurasteis un escondite y hasta la habéis dado de comer.

El profesor prorrumpió en sonoras carcajadas; se había puesto en pie y sus ojos brillaban con extraño fulgor.

— ¡Estáis loco! —exclamó—. ¿Dónde demonios iba yo a guardar esa mujer?

— Ahí —repuso Holmes señalando una especie de ropero situado en un rincón de la estancia.

El viejo levantó los brazos con un ademán convulsivo y se dejó caer en el sillón, vencido, tembloroso. Al mismo tiempo abriose la puerta del ropero y apareció una mujer.

— ¡Tenéis razón! ¡Aquí estoy!

Estaba cubierta de polvo y de telarañas. Después de hablar, recogió la vista con ese gesto peculiar de los miopes, procurando darse cuenta de donde se hallaba. Había en toda su persona, a pesar de la innegable fealdad de la cara, cierta distinción y nobleza que la hacían simpática desde el primer momento.

Stanley Hopkins avanzó dos pasos, y poniéndole una mano en el hombro, le hizo saber que quedaba detenida. Ella le rechazó dulce y dignamente.

—Sí; ya lo sé. No creáis que intente escaparme. Lo he oído todo y me consta que todo lo sabéis. Estoy dispuesta a confesar mi crimen; pero he de hacer constar que, hasta cierto punto, soy inocente. Yo no tenía intenciones de matar a ese hombre, y si lo hice fue porque tuve la desgracia de coger el primer objeto que había encima de la mesa y de que ese objeto era un punzón.

—Ya lo sé, señora —repuso Holmes gravemente—. Sentaos. ¿Deseáis algo? ¿Os sentís mal?

—No, no, muchas gracias.

Estaba lívida; retrocedió unos cuantos pasos y se derrumbó sobre un sillón. Pasados unos segundos prosiguió un poco más serena:

—Ese hombre que veis ahí es mi esposo, y los dos somos de nacionalidad rusa.

El viejo pareció salir de su agotamiento y alzando la voz gritó:

—¡Cuidado con lo que decís, Ana!

Ella le miró con un gesto profundamente despreciativo.

—¡Qué cobarde sois, Sergio! El valor que tuvisteis para hacer daño a tantas personas como habéis hecho, os falta ahora para la expiación. Por desgracia, yo carezco ahora, desde que entré en esta casa maldita, de la suficiente sangre fría y de la necesaria tranquilidad de conciencia para castigaros yo misma. Pero no importa; ya lo harán otros.

Habéis de saber, caballero —prosiguió dirigiéndose a Holmes—, que cuando me casé con este hombre, en una ciudad de Rusia, cuyo nombre no hace al caso, yo no tenía veinte años todavía y él pasaba de los cincuenta.

—¡Que Dios os perdone, Ana! —susurró el viejo.

—Formábamos parte de los revolucionarios, de los nihilistas, mejor dicho, y a raíz de un pequeño motín, a consecuencia del cual murió un oficial, fuimos detenidos con otros cuantos compañeros. Como faltaban las pruebas, nos hubieran puesto en libertad, a no ser por este miserable que compró la suya a costa de las nuestras. La mayor parte fue ahorcada y al resto nos

enviaron a la Siberia. Mi esposo se vino a Inglaterra y aquí se estableció, y no sé si vivirá tranquilo; pero, indudablemente, no debía ignorar que los hermanos conocían su paradero y que el día menos pensado se tomarían en él la venganza de la traición pasada.

El viejo cogió con mano temblorosa un cigarrillo, y mientras lo encendía suplicó:

— ¡Por Dios, Ana!... No me perdáis; yo sé que sois buena...

— Ya lo veis, señores. Además de ser un traidor, es un cobarde. Entre mis compañeros de deportación había uno en el cual puse desde el primer momento todas las simpatías de mi alma. Alto, buen mozo, noble, valiente, poseía, en fin, todas las cualidades que le faltan a mi esposo. Enemigo de toda violencia, siempre nos aconsejó que obráramos con lealtad y me escribía largas cartas dándome consejos de bondad y de abnegación. Estas cartas suyas y un diario donde yo escribía todas las noches todo lo que me interesaba en la vida, serían las mayores pruebas de mi inocencia. Comprendiéndolo así mi marido, se apoderó de estos papeles, los escondió, y Alejo fue condenado a mayor pena que la de los demás. ¡Y pensar que ese hombre agoniza todavía en la Siberia, mientras que este canalla que tiene su salvación entre las manos vive tranquilamente!

— ¡Por Dios, Ana! No me hagáis desconfiar de vuestra bondad de alma

— salmodió el viejo sin quitarse el cigarro de la boca.

Ella se levantó como para echarse sobre él; pero volvió a sentarse con un gesto de amargura.

— No — continuó —, es necesario que termine mi declaración.

Cuando cumplí mi condena, lo primero que hice fue buscar las cartas y el diario que servirían para libertar al desgraciado joven. Yo sabía que Sergio estaba en Inglaterra, y después de no pocas averiguaciones, conseguí dar con su paradero. También sabía que el diario y la correspondencia de Alejo estaban en su poder, porque durante mi estancia en la Siberia recibí multitud de cartas suyas llenas de insultos, de reproches y de alusiones a lo que decían estos papeles para mí tan queridos. Segura de que no me los entregaría por las buenas, resolví quitárselos, y para ello conseguí hacer entrar en esta casa, como secretario particular, a un individuo de toda mi confianza. Este consiguió descubrir dónde estaban los papeles y hasta sacó un molde de la

cerradura; pero no quiso ir más allá y se despidió. Se negó a mis ruegos y solo conseguí de él, además del molde de la cerradura, que me diese un plano de la casa y me confesara que durante la mañana no había nadie en el despacho. Entonces decidí robar los papeles yo misma y... ¡ya habéis visto a qué precio!

Ya los tenía en mi poder, y me disponía a cerrar el cajón, cuando me sorprendió el secretario, a quien yo me había encontrado, y quien desconociendo el papel que representaba en esta casa, le pregunté dónde vivía el profesor Coram.

—¡Justo! —exclamó Holmes—. El secretario al volver puso en conocimiento de su amo el encuentro que había tenido, y sus últimas palabras ratifican esto que...

—Dejadme concluir —interrumpió Ana. En su rostro se notaba que las fuerzas estaban prontas a abandonarle—. Cuando lo vi ensangrentado y en el suelo salí corriendo, y equivocándome de pasillo, vine a parar a esta alcoba. Sergio me dijo que me denunciaría, pero al hacerle presente yo, que si me denunciaba se perdía también él, decidiose a ocultarme. No creáis que esto lo hice por temor a la muerte; es que deseo la libertad de Alejo, y solo quería vivir hasta que la consiguiera. Me oculté, pues, en ese ropero y ya estaba convenido que, tan pronto la policía abandonara la casa, yo volvería a Rusia. Lo demás ya lo sabéis.

Y sacando de la blusa un paquete de papeles, continuó:

—Aquí tenéis la salvación de Alejo. La pongo en vuestras manos, confiando en vuestra honradez y en vuestro amor a la justicia. Entregádselos al embajador de Rusia. Yo ya he cumplido con mi deber ahora...

—¡Cuidado! —gritó Holmes.

Y separando de un salto la distancia, llegó hasta Ana y le quitó un frasco que tenía en la mano derecha.

—Ya es tarde —exclamó ella desplomándose sobre la cama—. He tomado el veneno antes de salir... Me muero... Pierdo la vista... El corazón me...

III

Aquella misma noche, mientras regresábamos a Londres en el tren de las cuatro y quince, Holmes nos relató cómo había descubierto a la autora del crimen.

—Desde el primer momento los lentes me fueron de mucha utilidad, pues ya recordaréis las deducciones que obtuve examinándolos. Cuando me dijeron que en el jardín no había huellas de pasos y que la mujer no podía haber salido sin ser vista por Susana, comprendí que, falta de lentes —indispensables para ella dada su cortedad de vista—, se había equivocado de pasillo y que entró en la alcoba del profesor.

Inmediatamente examiné las probabilidades que podía tener esta hipótesis de convertirse en certeza. Un rápido examen de la habitación me hizo ver que la alfombra estaba clavada y que en todas partes, excepto en uno de los rincones, había libros. Entonces empecé a pasear y a fumar cuantos cigarrillos pude, con objeto de llenar el suelo de ceniza. Cuando entramos por segunda vez, dejé caer la caja de tabaco, y al arrodillarme para recoger los cigarros, comprendí, por las huellas dejadas en la ceniza, que alguien había salido del encierro durante nuestra ausencia, lo cual confirma aquel extraño aumento de apetito en el profesor.

—Vaya, amigo Hopkins, ya estamos en Londres. Os felicito por vuestro triunfo. Hasta la vista. Watson y yo vamos a la embajada de Rusia.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB